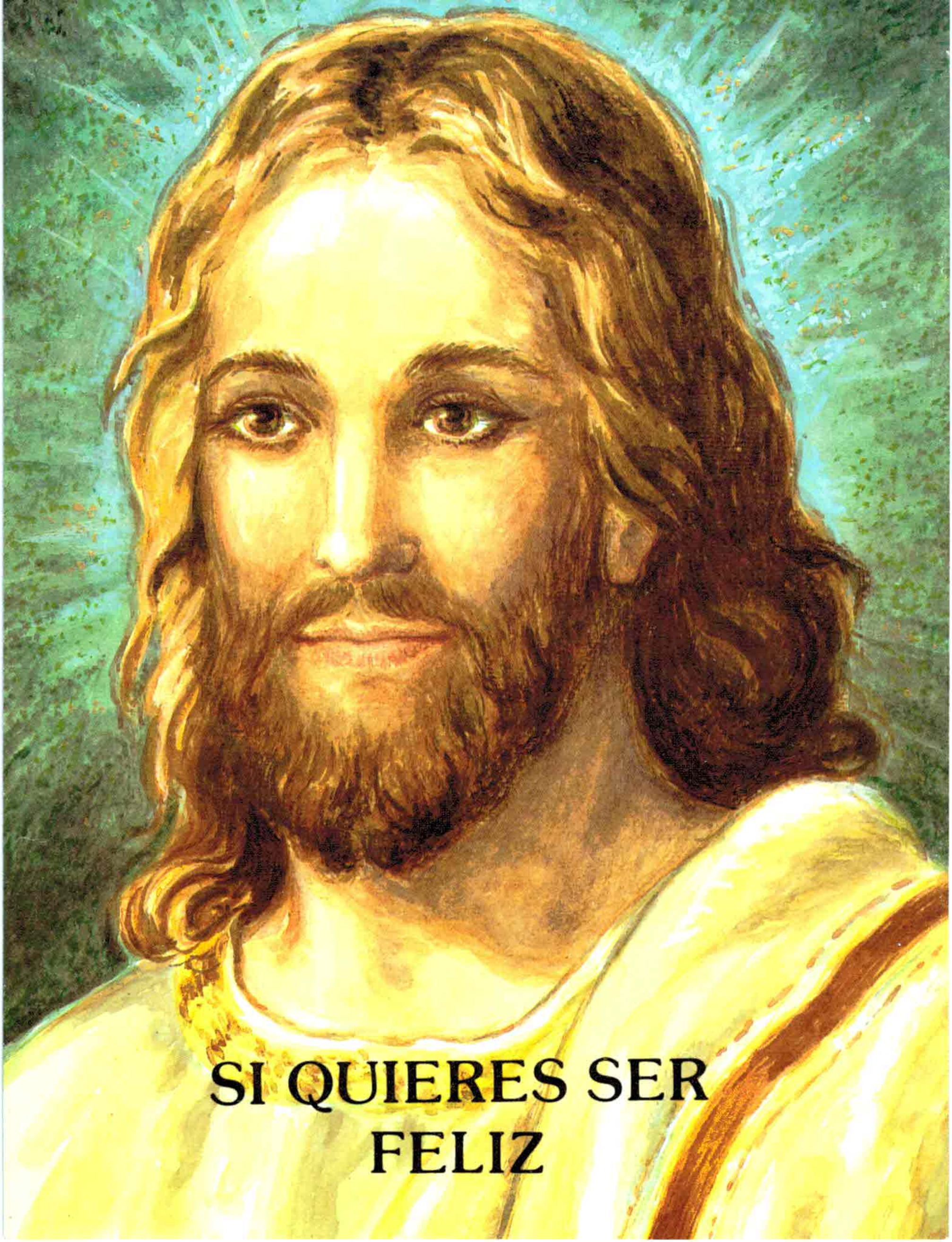


SI QUIERES SER FELIZ

SI QUIERES SER FELIZ

Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Tanto la ciencia, como la razón y la fe, están de acuerdo en afirmar que hace muchos millones de años no existía nada material de todo lo que ahora conocemos. No existía la tierra ni el sol, ni la luna, ni las estrellas. Todo el universo y cuanto ahora conocemos empezó a existir en un determinado momento del tiempo; no hay nada que haya existido siempre, solamente Dios, porque es *eterno*. Dios es el Ser Supremo, todopoderoso, creador y origen de todo cuanto existe. Él lo ha creado todo cuando quiso y como quiso, porque Él es infinitamente sabio y poderoso.

Para Dios nada hay imposible; Él lo sabe todo y lo puede todo; y como no hay cosa que no sepa, ni hay cosa que no pueda, ha sido y es eternamente feliz; mucho más feliz de todo lo que

nosotros podamos pensar o imaginar, porque nuestro entendimiento es muy limitado, y no alcanzamos a comprender ni la millonésima parte de lo que Dios posee en el cielo.

Pero Dios, además de ser infinitamente sabio y poderoso, es también infinitamente bueno, y por eso no quiso quedarse Él solo con toda la gloria y la infinita felicidad que tiene, y determinó crear a otros seres, sin otro interés de que fueran felices junto a Él por toda la eternidad.

En primer lugar creó a los ángeles, espíritus purísimos, hermosísimos e inteligentísimos y de extraordinario poder. Por la Biblia sabemos que hay al menos nueve razas: Ángeles, Arcángeles, Principados, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Tronos, Querubines y Serafines.

El número de los ángeles es inmenso, pues según el profeta Daniel, *«le sirven millares de millares y le asisten millones de millones* (7, 10). Y en el Apocalipsis leemos: *«Vi y oí la voz de muchos ángeles enrededor del trono... y era su número de miríadas y de miríadas, y de millares de millares»* (5, 11).

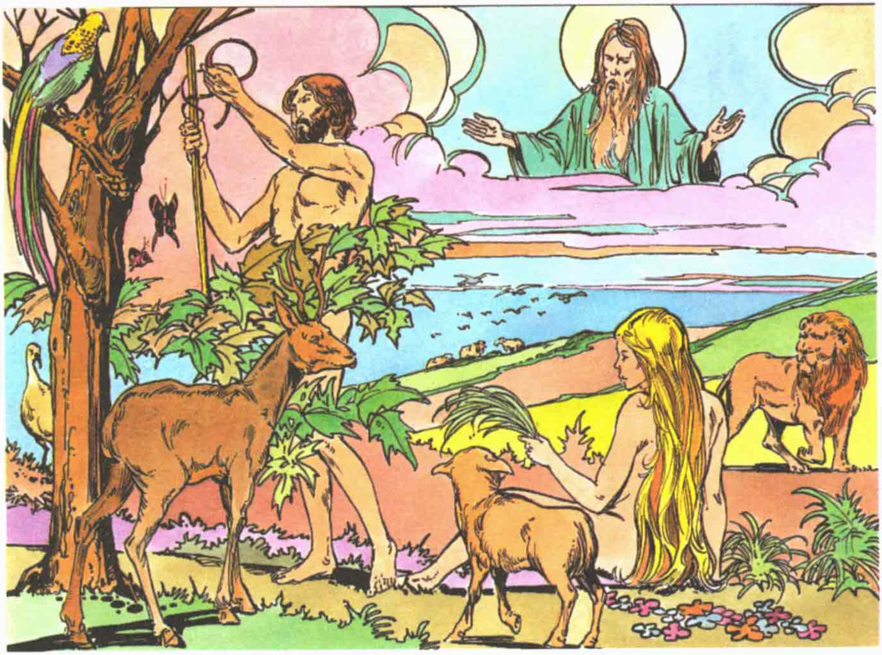
La hermosura de los ángeles es tan extraordinaria, que, si se nos apareciese aunque fuera el menor de ellos, sentiríamos tal felicidad que, perderíamos los sentidos y quedaríamos extasiados, sintiendo tanto placer, capaz de quitarnos la vida.

La creación del hombre

Antes de crear Dios al hombre, primeramente hizo el universo con todas las estrellas y planetas. La Sagrada Biblia en el Génesis nos describe la creación por Dios de todas las cosas.

Para morada del hombre creó Dios un hermoso jardín, llamado el *«Paraíso Terrenal»*. Allí fue donde Dios creó a nuestros primeros padres Adán y Eva; haciéndolos a su misma imagen y semejanza, y les otorgó la divina gracia, con la que empezaban a participar de la misma naturaleza divina de Dios, *y les concedió poder de ser hijos de Dios* (Jn. 1,12). *Y si hijos, también herederos* (Rm. 8,17) de toda la gloria y felicidad que tiene Dios.

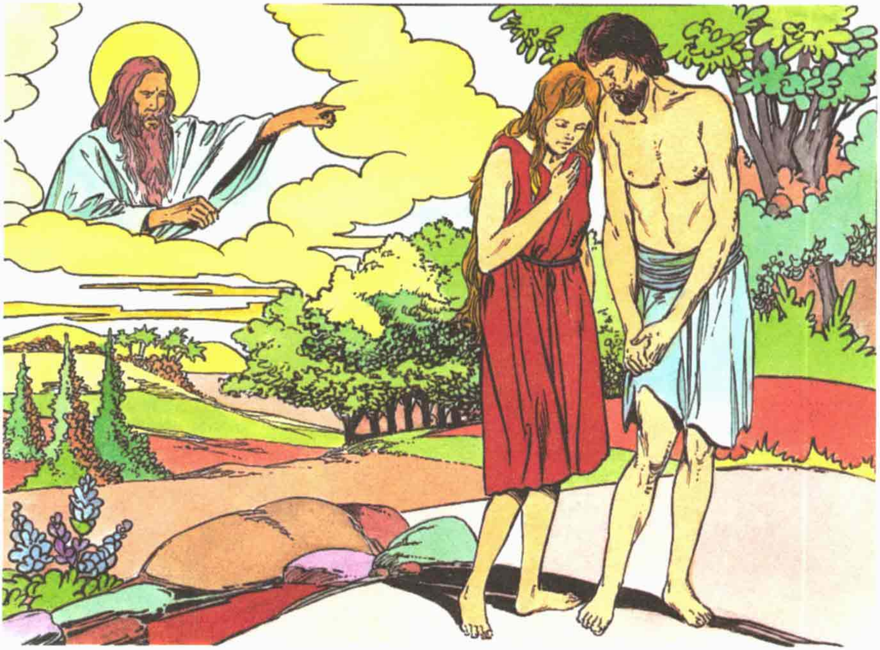
Dios hizo al hombre dueño y señor de toda la creación para que la dominara y sometiera a su poder. Por eso el hombre no es,, como piensan algunos, «un simple animal racional»; pues los animales fueron creados para el servicio del hombre, y son mortales, mientras que el hombre fue creado inmortal, con capacidad de vivir para siempre; porque aunque el hombre vemos que muere como los animales y nos convertimos en polvo; sin embargo en el alma no muere nunca, porque es inmortal.



Cuando muere el cuerpo, el hombre que está en el alma, va directamente a Dios, quien lo juzgará si es digno de heredar el cielo o si merece el castigo eterno del infierno.

Ya hemos dicho que Dios creó, primero a los ángeles y después a los hombres, para hacernos felices y herederos de todo lo que Dios tiene creado en el cielo. Pero Dios a los ángeles antes de introducirlos en la gloria, los sometió a una prueba, para ver si eran dignos de ir a aquel lugar. Muchos de los ángeles pecaron y se convirtieron en demonios.

Dios también, a nuestros primeros padres les impuso un mandamiento, diciéndoles: «De cualquier árbol del jardín, podéis comer, mas de la fruta del árbol que está en medio, no comeréis...».



Adán y Eva desobedecieron a Dios, comiendo de la Fruta prohibida, y Dios los expulsó del Paraíso, diciéndoles: «Maldita será la tierra por tu culpa: con fatiga sacarás de ella el alimento todos los días de tu vida... Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste sacado» (Gén. 3,17-19).

Pero para consuelo del hombre, Dios les prometió que nacería una mujer inmaculada y que su Hijo sería el Redentor de los hombres, para que sus pecados fueran perdonados a todos los que después de haber pecado se arrepintiesen de corazón. Esta mujer era la Santísima Virgen, y el Hijo que nos redimirá sería Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Hijo de Dios y Dios como el Padre, se haría hombre para venir a este mundo a salvar al hombre pecador.

Jesucristo, siendo Hijo de Dios, y siendo Dios junto al Padre y el Espíritu Santo, se hizo hombre naciendo de las entrañas purísimas de la Santísima Virgen. Cuando nació, los ángeles vinieron a adorarlo y lo anunciaron a los pastores que también fueron a adorarlo.

La vida de Jesucristo en este mundo fue maravillosa, y su historia se halla escrita en los Santos Evangelios que es el libro más bonito y más importante del mundo. Este es el libro principal que tenemos los cristianos, el que debemos de leer con mayor frecuencia. No puede ser buen cristiano todo aquel que no tiene en su casa y que no lee con mucha frecuencia el libro de los Santos Evangelios. Recomendamos sobre todo los EVANGELIOS CONCORDADOS de la Editorial Apostolado Mariano, porque tiene maravillosas ilustraciones y son preciosas.

En este dibujo vemos a la Sagrada Familia, que, junto con otros buenos judíos iban todos los años a Jerusalén, como lo mandaba la Ley de Moisés. Jesús hasta que tuvo treinta años vivió con sus padres, obedeciéndoles y guardando con los demás la Ley de los judíos, para enseñarnos la humildad y la obediencia y el respeto a los mayores.

Las gentes que lo conocían creían que Jesús era hijo de San José, porque no conocían el misterio de la concepción virginal del Hijo de Dios en las entrañas de la Santísima Virgen.

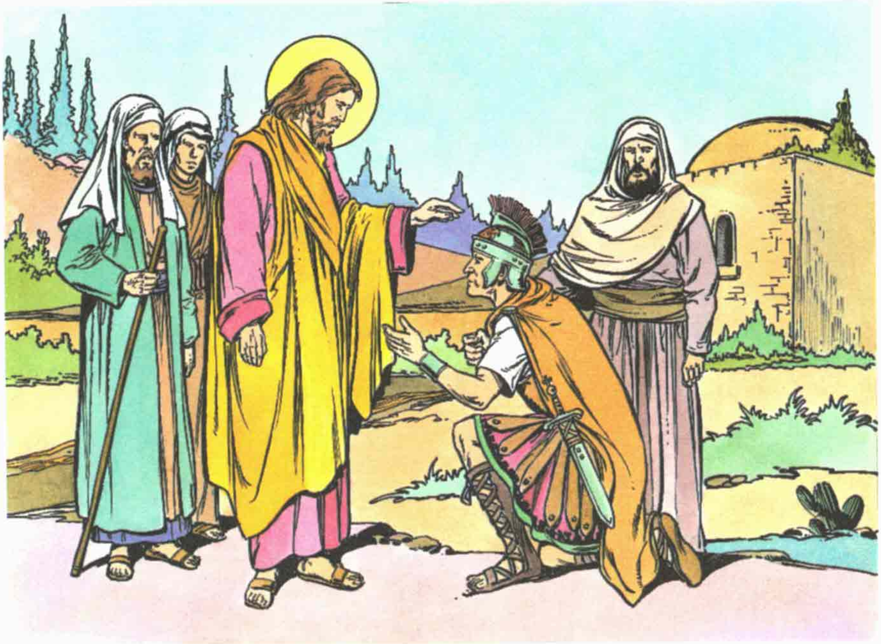
Estos misterios se explican muy bien en los EVANGELIOS CONCORDADOS, que todos los cristianos deben tener y los deben leer si fuera posible todos los días.

María Magdalena era una gran pecadora, pero se arrepintió cuando conoció a Jesús, y llorando se arrojó a sus pies que besaba y regaba con sus lágrimas, enjugándoselos con sus cabellos. Los judíos murmuraban porque se dejaba que le tocase aquella pecadora, pero Jesús, delante de todos le dijo que le perdonaba todos los pecados.

Jesús no quiere que pequemos, porque si pecamos merecemos el infierno, y si morimos sin arrepentirnos no tiene más remedio que condenarnos. Por eso ama tanto a los pecadores que se arrepienten de verdad, y dice que los ángeles hacen fiesta en el cielo cuando los pecadores se arrepienten, porque así no tiene que condenarlos para siempre a los infiernos.

Jesús enseñó a los Apóstoles el camino de la felicidad; les dijo que la verdadera felicidad solamente está en el cielo, y que allí no es igual para todos, pues cada cual será recompensado en la medida de lo que aquí haya hecho mientras haya vivido en este mundo.

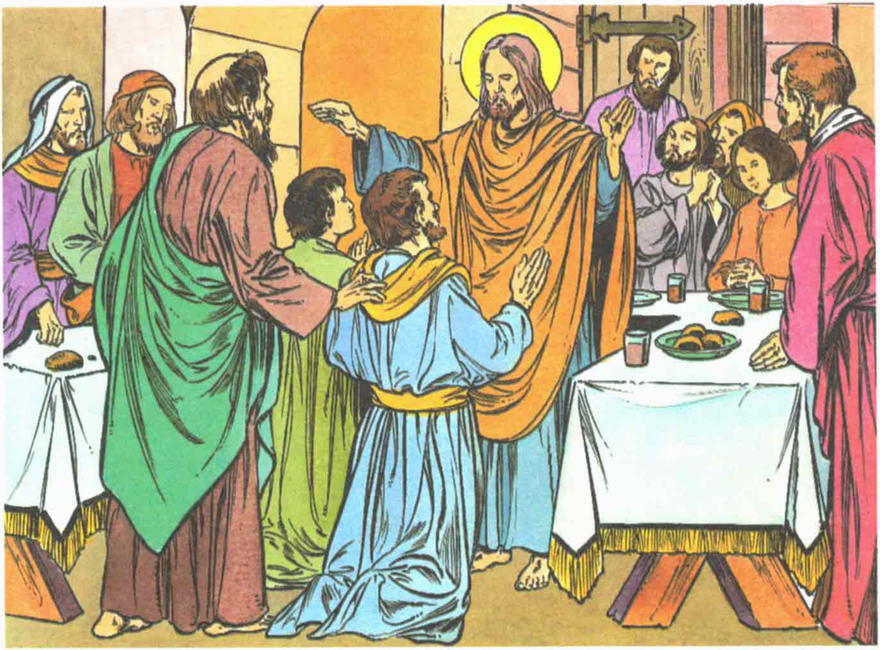
La medida de la felicidad en el cielo, será la medida de lo que aquí hayamos amado a Dios y al prójimo por Dios mientras vivamos en este mundo. Y esa medida solamente se demuestra por las obras; por lo que hacemos y por lo que queremos hacer, porque Dios no premia solamente lo que se hace, sino también lo que se quiere hacer y se hace lo posible para llevar a cabo, aun cuando en realidad no se pueda conseguir.



También le gusta mucho que seamos humildes y que pidamos a Dios el remedio de nuestras necesidades con mucha confianza y humildad, como el Centurión del Evangelio, al que alabó mucho Jesús por su gran fe y humildad (Mt. 8,5-13).

La oración de los humildes agrada mucho al Señor, y si se pide con fe, se consigue siempre lo que se desea o una gracia mejor. Dice San Agustín que nosotros como no sabemos lo que nos conviene, a veces pedimos cosas perjudiciales, y Dios que es el que sabe qué es lo que más nos conviene, no nos da lo que le pedimos para darnos otra gracia que nos sea mucho más conveniente. Quizá nosotros no nos demos cuenta, pero si pedimos con fe y humildad, siempre recibiremos lo que pedimos o algo que nos será mucho mejor.

Jesucristo enseñó a los Apóstoles a rezar y les puso como modelo de oración la oración del Padrenuestro. Orar es hablar con Dios y pedirle que nos ayude a ser buenos. El demonio está muy interesado en que seamos malos para que no vayamos al cielo; por eso nos tienta para que cometamos pecados. Para poder vencer las tentaciones y no pecar, necesitamos que Dios nos ayude; pero Dios solamente ayuda a quien se lo pide. Por eso es tan necesaria la oración, y por eso decían los santos que todos los que oran se salvan y todos los que no oran se condenan. El que reza todos los días, no peca, y si peca, se arrepiente al instante y siempre está en gracia de Dios preparado para que la muerte no le coja de sorpresa.

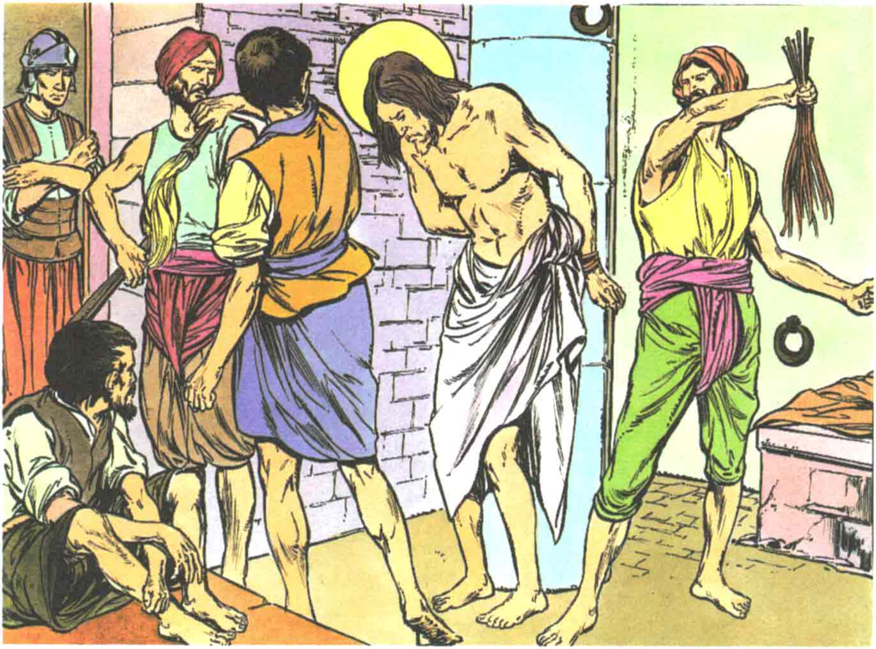


Jesucristo concedió a los Apóstoles la facultad de perdonar los pecados a los que estén arrepentidos y se confiesen. Esta misma facultad la tienen todos los sacerdotes que son sucesores de aquellos primeros presbíteros.

El que haya cometido algún pecado mortal, debe saber que sin confesión no hay perdón. Y la confesión no vale si el que se confiesa no está verdaderamente arrepentido. Si uno se confiesa sin estar arrepentido, comete otro pecado muy grave porque trata de engañar a Dios, pidiendo perdón sin estar arrepentido. Y ¿qué es estar verdaderamente arrepentido? Tener el propósito de no volver a pecar más aunque nos cueste la vida. Solamente el que tiene un verdadero propósito es el que está de verdad arrepentido.

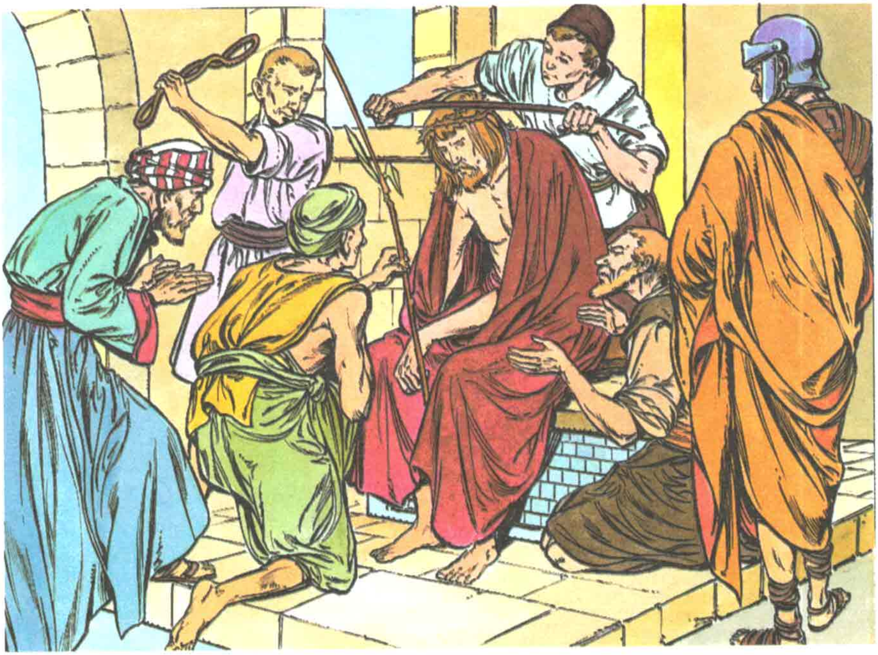
El Señor Jesús, en la Última Cena convirtió el pan y el vino en su cuerpo y sangre gloriosa, y mandó a los Apóstoles, y en ellos a todos los sacerdotes del futuro que, en memoria suya, lo consagraran ellos todos los días.

Esto es lo que hacen los sacerdotes cada vez que celebran la Santa Misa; y Jesús viene a sus manos, invisible, pero real y glorioso, para que lo podamos recibir en nuestro pecho y aprovechemos la visita que nos hace para pedirle lo que necesitamos. En la Santa Misa, Jesús renueva místicamente el sacrificio del Calvario, y tiene un valor infinito. Por eso la Misa es la cosa más importante y con la que más podemos agradar a Dios todos los días. Oír Misa y comulgar todos los días para dar gloria a Dios, es lo más importante del mundo.



Dios nos creó para que seamos felices, pero no en este mundo, sino en el cielo. Así como Jesucristo sufrió mucho en este mundo, pero después resucitó glorioso, y ahora está en el cielo lleno de gloria y majestad, lo mismo ocurrirá con nosotros si ahora lo imitamos y hacemos penitencia llevando con amor sobre nuestros hombros nuestra cruz de cada día. Por eso dijo: *«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»* (Mt. 16,24).

No es posible ser plenamente feliz en este mundo y en el otro, porque a este mundo no hemos venido para disfrutar y pasárnoslo bien, sino para sufrir y ganar méritos para el cielo. ¡Si supiéramos bien lo que se gana sufriendo algo por el amor de Dios,



no querríamos hacer otra cosa más que sufrir y padecer trabajos por dar gusto a Dios! San Pablo decía: *«A la verdad, yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos de la vida presente, no tienen comparación con aquella gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros»* (Rm. 8,18).

Algunos dicen: «Si Dios nos creó para que seamos felices en el cielo, ¿por qué hemos nacido en este mundo?».

—Muy sencillo: Porque sólo así podemos demostrar a Dios si de verdad le amamos.

Si Jesucristo no se hubiera hecho hombre y no hubiera venido a este mundo, ¿cómo hubiéramos podido saber que nos amaba? Dice la Biblia: *«En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, en que el Señor dio su vida por nosotros»* (1 Jn. 7,16).

Y en otro lugar dice: *«Nadie tiene amor más grande que aquél que da la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13).

Pero Jesucristo hizo más, porque no solamente dio la vida por sus amigos, sino que también la dio por sus enemigos. Por eso dice la Biblia en otro lugar: *«Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros, es que, cuando aún éramos pecadores, al tiempo señalado murió Cristo por nosotros»* (Rm. 5,8-9).

Y vuelve a repetir: *«En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que por Él tengamos vida»* (1 Jn. 4,9). Que por eso le decía el mismo Jesús a Nicodemo: *¡Tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que vivan la vida eterna»* (Jn. 3,16).

Y añade San Juan: *«Y en esto consiste su caridad: que no es porque nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo a ser víctima de propiciación por nuestros pecados»* (1 Jn. 4,10).

El razonamiento es muy claro: Nosotros estamos seguros de que Dios nos ama, porque se tomó el trabajo de hacerse hombre y venir a este mundo donde dio la vida por nosotros. El amor de Dios hacia nosotros está claro; pero ¿cómo podríamos demostrar a los demás y demostrarnos a nosotros mismos de que amamos a Dios? ¿Pasándonoslo bien? No. ¿Disfrutando de todo lo que podamos? No. La única forma de poder demostrar que amamos a Dios es sufriendo algo por Él. Si no somos capaces de sufrir nada por Él, es que no le tenemos ningún amor.

Jesucristo, para demostrarnos que nos amaba, tuvo que venir a este mundo a sufrir por nosotros. Y nosotros igualmente, para poder demostrar a Dios de que lo amamos, hemos tenido que nacer en este mundo donde debemos sufrir por su amor.

Esta vida no es la vida. Jesucristo vino a este mundo donde pasó treinta y tres años y luego volvió al cielo donde ya lleva casi dos mil años. ¿Qué fueron los 33 años de esta vida en comparación con los dos mil años que ya va a cumplir con los apóstoles en el cielo?

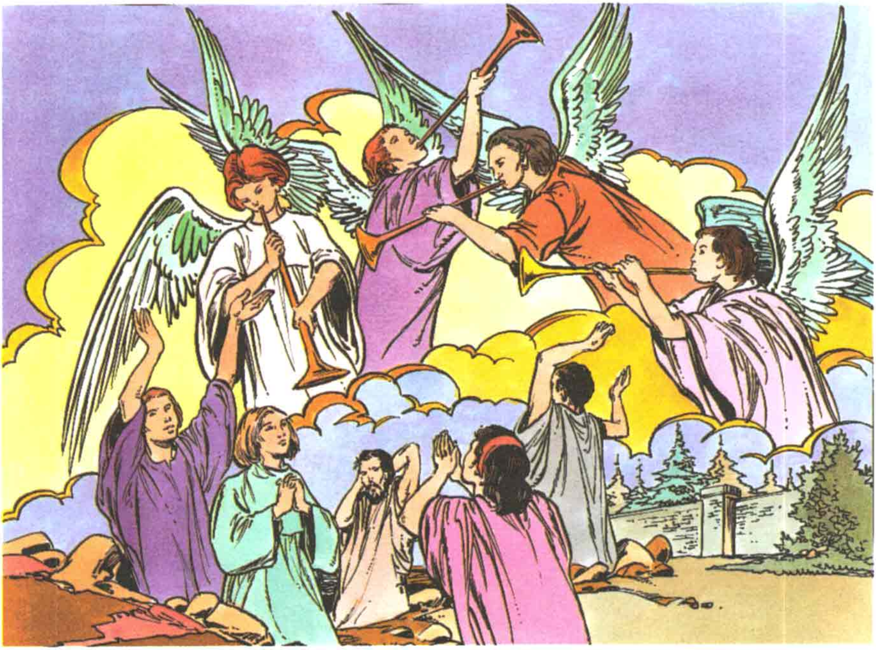
Nosotros también deberemos pasar aquí en este mundo un poco de tiempo, unos más y otros menos, pero ¿qué es una vida de cien años en comparación con la eternidad?

El apóstol San Juan también vivió alrededor de cien años en este mundo, pero ahora ya va a hacer mil novecientos que está en el cielo. ¿Se acordará ahora de lo que tuvo que padecer en este mundo? Convenzámonos: Esta vida no es la vida.

Pero Jesucristo que está en el cielo, también lo está en este mundo escondido en el sagrario. Cada vez que un sacerdote dice misa, desciende Él desde el cielo y viene a esconderse en la santa hostia que el sacerdote consagra.

Jesucristo como es todopoderoso, puede estar en muchos sitios al mismo tiempo, y está escondido en la hostia para entrar en nuestro pecho cuando comulgamos.

Después de comulgar, Jesucristo está dentro de nosotros aproximadamente media hora, hasta que la hostia se corrompe. Durante ese tiempo somos como sagrarios vivientes ante el que hay que arrodillarse. Es la mejor ocasión para pedirle lo que necesitamos. Recordemos lo que dijo de que todo el que pide recibe, y no nos cansemos de pedirle.



Si los demás se ríen de nosotros porque somos buenos, no nos pongamos tristes. Recordemos que el mundo se acabará y llegará el juicio final. Al son de trompeta todos los muertos resucitarán con sus propios cuerpos. Los que hayan sido buenos, resucitarán gloriosos y brillantes como el sol serán llevados al cielo. En cambio los malos: los impuros, los blasfemos, los guasones y todos los sinvergüenzas serán castigados con fuego. Entonces llorarán, pero ya no tendrán remedio. Querrán morir, pero ya no podrán.

Entonces Jesucristo dirá a los buenos: «Venid benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo...». Y entrarán en el cielo gloriosos para toda la eternidad.

Nos cuenta el Evangelio que una vez un muchacho le preguntó a Jesús: «Maestro, ¿que tengo que hacer para conseguir la vida eterna?» Y Jesús le contestó: «Si quieres entrar en la vida. guarda los Mandamientos».

Para ir al cielo no tenemos otro remedio que guardar los Mandamientos. Pero los Mandamientos no son fáciles y cuestan mucho, y por eso necesitamos mucho de la ayuda de Dios. Hay dos formas para que nos ayude Dios: la primera es pedírselo a Él, y la segunda, pedírselo a su Madre la Santísima Virgen.

Si rezamos mucho y somos muy devotos de la Virgen, seguro que nos salvaremos. Pero si nos olvidamos de rezar y no somos devotos de la Virgen, estamos perdidos. Por favor: No os olvidéis de rezar y de acudir a la Virgen, porque con ella es muy fácil la salvación.

Dios es amor. Dios es poder infinito, sabiduría infinita, inteligencia infinita, hermosura infinita, bondad infinita; pero, sobre todo, es amor infinito.

Dios es el Padre eterno; Dios es Jesucristo, Verbo eterno de Dios, y Dios es el Espíritu Santo, santificador de las almas. Son tres personas, iguales y distintas, pero no son tres dioses, porque los tres tienen el mismo poder, la misma sabiduría, el mismo amor y la misma voluntad.

Las mismas cosas que quiere el Padre, las quiere el Hijo, y lo mismo quiere el Espíritu Santo. Lo mismo que piensa el Padre, piensa el Hijo, y lo mismo piensa el Espíritu Santo.

Es por eso que no son tres, porque aunque sean tres personas distintas, los tres tienen un mismo pensamiento, un mismo querer y una misma voluntad.

Las tres personas se aman entre sí con un amor infinito, y ese amor les proporciona un gozo infinito y una felicidad infinita.

Las tres personas son igualmente eternas, las tres han existido siempre, y como son infinitamente sabias e infinitamente poderosas, seguro que a lo largo de la eternidad habrán creado grandiosas maravillas.

Crearon en el cielo un lugar de admirables maravillas, un lugar delicioso, lleno de encantos y complacencias, un lugar lleno de ventura y de felicidad. Y allí estaba Dios, lleno de gloria y majestad.

Pero como Dios es tan bueno: pensó en la creación de los ángeles y de los hombres, para llevarnos al cielo y que compartiéramos con Él toda aquella felicidad y bienestar.

Creó los espacios inmensos del firmamento, donde las estrellas corren a la velocidad de la luz, y aunque lleven muchos millones de años corriendo, no son capaces de llegar al final.

Creó una infinita variación de estrellas y de planetas, algunos como el nuestro es probable que estén habitados por seres inteligentes, que también como nosotros su destino final sea la inmortalidad en el cielo.

Cuando vayamos al cielo nos asombraremos de las maravillas que Dios ha creado, porque Dios nos dará la inteligencia suficiente para que comprendamos y entendamos todos los misterios y todo lo que Dios ha creado y ha hecho a lo largo de la eternidad.

Y nos concederá la facultad de poder correr a la velocidad del pensamiento, para que podamos pasearnos recorriendo todos los más exóticos y extraños planetas del universo.

Allí gozaremos de una eterna juventud, y nos saciaremos de

todo cuanto deseemos, porque nos será dado el gozar de todo lo bueno sin experimentar la más mínima molestia o aburrimiento.

En el cielo ya no habrá prohibiciones, ya todo nos será lícito, porque el instinto del hombre glorificado solamente deseará los extraordinarios placeres que Dios ha creado para que gocemos lo que ahora no podemos imaginar.

Así como un burro no puede imaginarse lo que goza un perro hambriento comiendo carne, porque al burro no le gusta, de igual modo nosotros no podemos comprender cómo son los placeres celestiales, porque ahora aun somos terrenales y no conocemos más que lo de este mundo.

Convenzámonos de que esta vida no es la vida, pues como decía Santa Teresa:

«Aquella vida de arriba,
es la vida verdadera,
y hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Vida, no me seas esquiva,
viva muriendo primero,
que muero porque no muero».

Por tanto: Si quieres ser feliz, sigue a Jesucristo; lee los EVANGELIOS CONCORDADOS y aprenderás el camino de la felicidad. Jesucristo no vino a este mundo a otra cosa que a enseñarnos el camino de la felicidad y a ayudarnos a conseguirla. Es por eso que el modo mejor para conseguirla es leer y releer los EVANGELIOS CONCORDADOS. Si no los encuentras en tu librería, pídelos por correo a reembolso de su importe a la Editorial Apostolado Mariano. C/ Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

ISBN 84-7693-253-7
Depósito Legal B-34072-93
Printed in Spain
Impreso en España